



HAL
open science

Indios, drones y fronteras

Dardo Scavino

► **To cite this version:**

Dardo Scavino. Indios, drones y fronteras. Boca de Sopa. Revista de arte, literatura y pensamiento, 2017. hal-02009334

HAL Id: hal-02009334

<https://hal.science/hal-02009334>

Submitted on 6 Feb 2019

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

FOR UNOFFICIAL USE ONLY (FUUO)

DRONE SURVIVAL GUIDE



© UNDERWOOD & UNDERWOOD

WALAPAI WOMEN wear a blouse and skirt, occasionally concealed by one of these brilliantly colored blankets. Unfortunately these blankets are becoming rarer as the years go by, because it takes a long time to make them on the simple Indian looms, and it is so much easier for the Indians to buy their clothing from the traders. The Walapais live in Arizona, and are included in the Yuman family, which consists of several small tribes now living in the southwestern United States of America and the adjacent portions of Mexico.

INDIOS, DRONES Y FRONTERAS

El peregrinaje de los puritanos resueltos a fundar la Nueva Jerusalén es el acto fundacional de la nación norteamericana porque se veían a sí mismos como a los hebreos en el éxodo bíblico huyendo de los suplicios de la esclavitud. Así, la política de los antiguos colonos y los pioneros triunfó cuando logró derrotar militarmente a los pueblos originarios, pero también cuando logró imponer el relato que justificó esas matanzas. La llamada “lucha contra el terrorismo” que proclama hoy el gobierno de Estados Unidos, la “primera guerra global” desatada por medio de la incursión de drones en territorios soberanos, se justifica en la misma pretensión mesiánica: la de ser una guerra del Bien contra el Mal.

POR DARDO SCAVINO

Los mártires protestantes

Los puritanos del *Mayflower* que zarparon del puerto inglés de Plymouth el 11 de julio de 1620 y recalaron el 26 de noviembre en las costas de Massachusetts traían entre sus libros uno, escrito por el reverendo inglés John Foxe, que el editor había intitulado *Actes and Monuments* pero que todo el mundo conocía como *The Book of Martyrs*. Como muchos otros martirologistas, Foxe había empezado por recordar en sus páginas los suplicios y ejecuciones de los seguidores de Cristo en la Antigüedad. Pero la originalidad de su historia consistía en incluir entre los mártires cristianos tanto a los diversos grupos heréticos de la Edad Media como a las sectas protestantes de la incipiente Edad Moderna. La Inquisición, el Duque de Alba o los secuaces de María Estuardo habían martirizado a muchos partidarios de Lutero y de Calvino, de modo que los reformistas aparecían, en la narrativa de Foxe, como los herederos de los primeros cristianos, y los papistas, en cambio, como descendientes de sus verdugos paganos¹. Este relato causaría una impresión tan profunda entre los puritanos ingleses que algunos años más tarde el reverendo John Cotton diría que “el Espíritu Santo no hace ninguna diferencia entre el paganismo papista y el paganismo de los paganos”, dado que “el papismo es simplemente un paganismo más refinado” y “el estado de los papistas que mueren en el papismo es más peligroso que el estado de los paganos que mueren en la ignorancia”². Esto explica también por qué su nieto, el reverendo Cotton Mather, estudiaría raudamente la lengua castellana para escribir *La fe del cristiano*, un opúsculo dirigido a los

*Dardo Scavino

(Buenos Aires, 1964) es egresado de la Universidad de Buenos Aires y desde hace 23 años vive en Francia. Actualmente es profesor de cultura latinoamericana en la Universidad de Pau. Entre sus obras, pueden mencionarse: *La filosofía actual* (1999), *Narraciones de la independencia* (2010) y *Las fuentes de la juventud* (2015).

LA GUERRA PUNITIVA SUPONE DOS COSAS: QUE EL AGRESOR ES UN CRIMINAL Y, COMO CONSECUENCIA, QUE ELLOS PUEDEN CASTIGARLO...

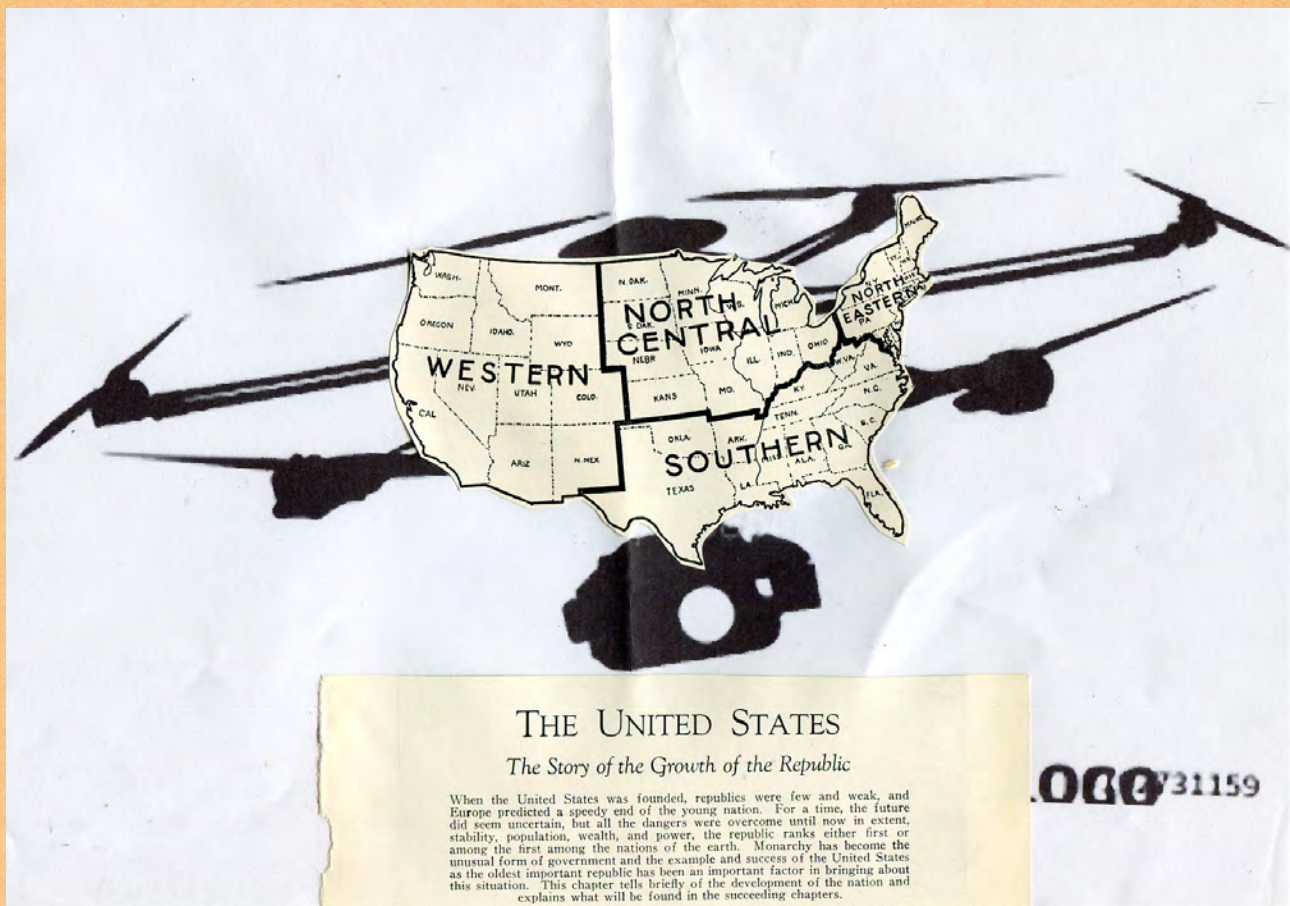
habitantes de las colonias españolas a quienes los protestantes debían liberar de la opresión de los papistas³.

Si para los puritanos existía una prueba contundente de que ellos eran el “pueblo elegido”, esta se encontraba en el martirio de sus correligionarios: Dios los había puesto a prueba para que dieran testimonio de su fe ante el mundo. El peregrinaje de los puritanos llegados de Plymouth es el acto fundacional de la nación norteamericana: el equivalente del éxodo bíblico. Los *pilgrim fathers* arribaron a tierras americanas resueltos a fundar la Nueva Jerusalén porque se veían a sí mismos como a los hebreos que huían de los suplicios de la esclavitud en Egipto para dirigirse a la Tierra Prometida donde “mana la leche y la miel”. Diez años más tarde, el reverendo John Winthrop explicaría en un sermón pronunciado a bordo del *Arabella* que los puritanos serían “como una ciudad en lo alto de una colina” a la cual se dirigirían “los ojos de todos los pueblos”. Porque esos calvinistas acababan de firmar una “nueva alianza” con Dios y, si ellos la cumplían, Dios la respetaría igualmente. Winthrop estaba parafraseando un sermón de Jesús recogido en el Evangelio de Mateo: “Vosotros sois la luz del mundo: una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder”, “alumbra a todos los que están en casa” y también al resto de los hombres “para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos”⁴.

En vez de atravesar el Mar Rojo, los peregrinos atravesaron el Atlántico. En vez de llegar a Canaán, llegaron a Massachusetts⁵. Uno de los pasajeros del *Mayflower* y futuro gobernador de *Plymouth Colony*, Edward Winslow, escribiría en su obra *Good News from New England*, que “Dios tenía sin lugar a duda un designio cuando le dio esas tierras en herencia a nuestra nación”, y los predicadores protestantes repetirían este mismo relato en los siglos venideros, como sería el caso de James Dana, un pastor de la iglesia congregacionista de New Haven durante las revoluciones de la independencia: “Cuando nuestros ancestros buscaban un refugio lejos de la opresión, Dios les trazó un camino en el mar y les tendió una mesa en el desierto”. Estos

hechos, a su entender, probaban irrefutablemente la intervención de la Providencia en el arribo de los peregrinos a las costas del Nuevo Mundo. Cabe recordar no obstante que aquella mesa tan generosamente tendida por la gracia divina fue un obsequio de los indios wampanoag, los mismos que les aportaron alimentos a esos invasores pálidos que descendían de los navíos hambrientos y diezmados por el escorbuto. El jefe Massasoit había preferido alimentar a esos hombres antes que verse obligado a recurrir a las armas cuando ellos, desesperados, vinieran a sacarles por la fuerza el alimento en las aldeas. Estos indios, que les enseñaron a los puritanos a cazar, pescar y sembrar maíz para que sobrevivieran, fueron retribuidos por su generosidad con el exterminio liso y llano, como lo denunciaría el propio fundador de Providence, el baptista Roger Williams, quien, a diferencia de sus correligionarios, dirigió durante años una comunidad compuesta por indios y protestantes disidentes. El mismísimo Jehová, se decían los *pilgrim fathers*, les había dado a los hebreos la orden de exterminar a los cananeos (mandato divino que recibieron, por supuesto, la mayoría de los pueblos que se dedicaron a masacrar a algún vecino molesto). Para justificar estas matanzas, y repitiendo la idea de una malevolencia de los “paganos”, otro gobernador de *Plymouth Colony*, William Bradford, comparó a los indios con los papistas españoles: “El español podría mostrarse tan feroz como los salvajes de América, y el hambre y la pestilencia mostrarse tan destructora aquí como allá”⁶. El reverendo Bradford, no obstante, había sido el primer gobernador en instituir el *Thanksgiving*, o el Día de Acción de Gracias, para conmemorar el generoso gesto de los wampanoag para con los puritanos.

Cuando un siglo y medio más tarde George Washington introduzca oficialmente esta celebración en el calendario de la flamante nación independiente, los indios ya habrán desaparecido de Massachusetts y de la memoria colectiva para verse sustituidos por la Divina Providencia: “Considerando que el deber de todas las naciones consiste en reconocer la Providencia de Dios Todopoderoso, en obedecer a su voluntad, en mostrarse agradecidos por sus favores y en implorar humildemente su protección y su ayuda”, declaraba el decreto del presidente norteamericano, “y que las dos cámaras del congreso me pidieron aconsejar al pueblo de los Estados Unidos que un día público de acción de gracias y de oraciones sea observado en reconocimiento por los numerosos signos del favor de nuestro Dios Todopoderoso, en particular por haberle dado al



pueblo los medios para establecer pacíficamente una forma de gobierno favorable a su seguridad y su felicidad”. “Decido entonces”, concluía, “establecer y asignar que el primer jueves después del 26 de noviembre sea consagrado por el Pueblo de estos Estados al servicio del gran y glorioso Ser, que es el buen Autor de todo lo que existió, de todo lo que existe y existirá de bueno. Podemos unirnos entonces todos dándole nuestra sincero y humilde agradecimiento, por su cuidado y su protección”⁷.

Es cierto que la revolución de los colonos norteamericanos había empezado como una rebelión contra algunas tasas impuestas por la corona británica. Pero decidieron independizarse cuando el rey firmó en 1774 el *Quebec Act*, ese acuerdo que le concedía a los indios una buena parte del territorio situado al oeste de los Apalaches, y a los papistas franceses, las tierras en torno a los Grandes Lagos. A los ojos del reverendo Jonathan Mayhew de Boston, el acuerdo con los indios y los católicos —o con las dos variantes del “paganismo” en la interpretación de John Cotton— aparecía como un traición inadmisibles del destino providencial de los colonos protestantes: “En esta parte de América se extenderá un gran y próspero reino donde viviremos

felices” porque “la religión que será profesada y practicada a través de él tendrá una pureza y una perfección más grande que la practicada después de la época de los apóstoles”⁸. Uno de los *founding fathers* de los Estados Unidos, el congregacionista John Adams, le explicaría a su electorado que “los Estados Unidos habían sido designados por la Providencia para ser el teatro en donde el hombre debe alcanzar su verdadera estatura, en donde la ciencia, la virtud, la libertad, la felicidad y la gloria deben prosperar en paz”⁹. Y la prosperidad del nuevo país se convertiría más adelante en una indudable señal de que la Providencia favorecía a los colonos puritanos. Repitiendo una narración teológico-política que se remonta a *La Ciudad de Dios* de San Agustín y que suele conocerse como *translatio imperii*¹⁰, el reverendo Abiel Abbot llegaría a la conclusión de que la grandeza de Estados Unidos era una señal de que el país había sido elegido por la Divina Providencia. Como se preguntaría a principios del XIX este ministro “unitarista”: “¿Sería presuntuoso pensar que la colonización, el crecimiento rápido, la independencia precoz y la prosperidad sin igual de este país son las vías elegidas por la Providencia para reforzar y extender su Iglesia, contra la cual las Puertas del Infierno no predominarán?”¹¹.

La nación norteamericana heredó de los *pilgrim fathers* esa arraigada creencia: ellos eran el “pueblo elegido”, el pueblo al que la Divina Providencia le encomendó barrer el mal de la superficie terrestre para instaurar la pureza, el bien, la libertad y, como no podía ser de otro modo, la paz aun al precio de la guerra. Cualquier otra potencia que se opusiera a su poderío y su expansión estaría oponiéndose, como consecuencia, a la Divina Providencia, de manera que los enemigos de Estados Unidos se convertirían inmediatamente en representantes del Mal o del Anticristo¹².

El destino manifiesto

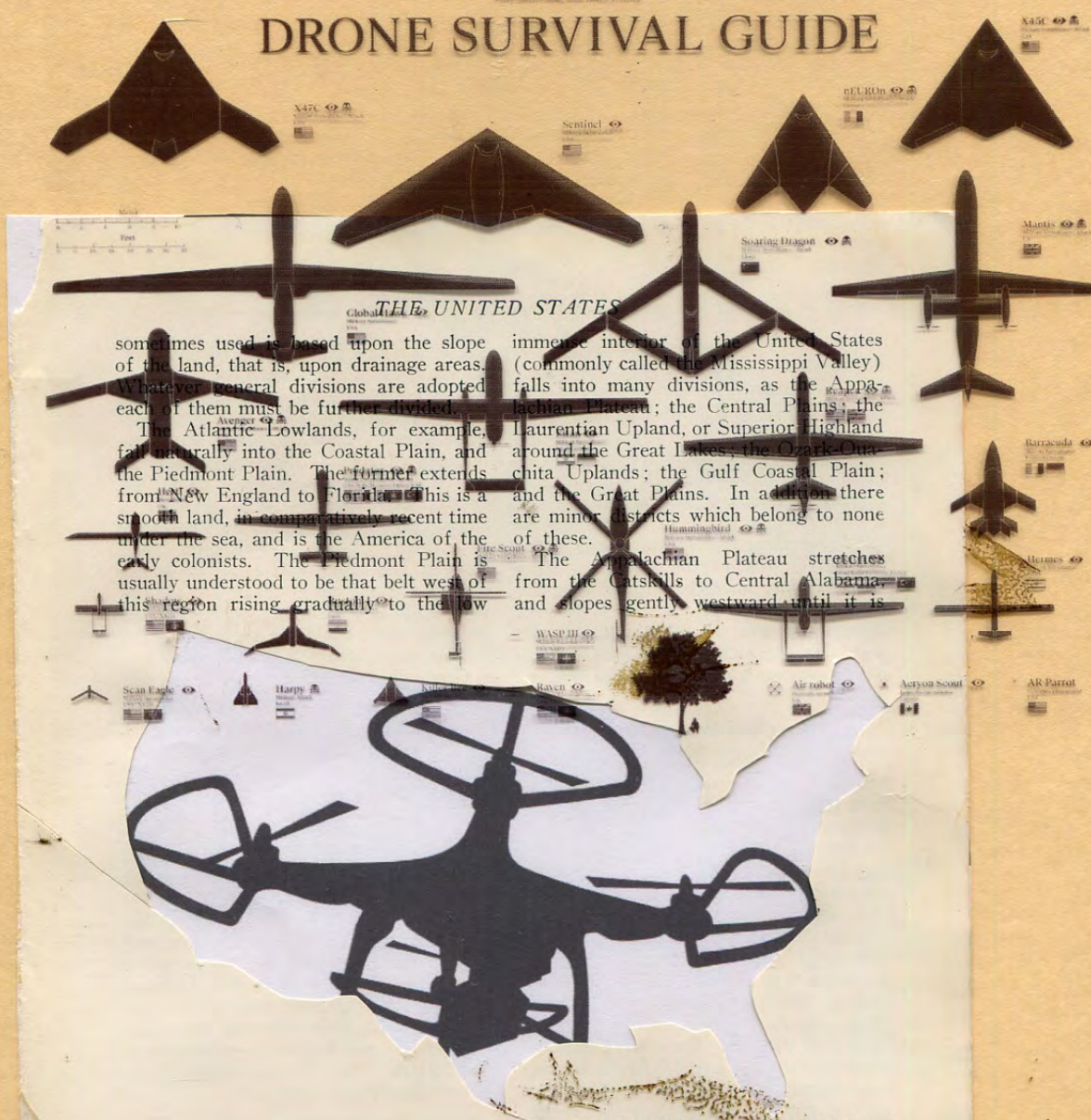
El providencialismo de los colonos novo-ingleses y de los flamantes estadounidenses conocería nuevas variantes a lo largo del siglo XIX. Un pastor presbiteriano de Boston, Lyman Beecher, aseguraba que “los Estados Unidos son la Providencia de Dios destinada a abrir la vía a la emancipación moral y política del mundo”, y esta convicción, asociada con el mito teológico-político forjado en los inicios de las Trece Colonias, no va a caracterizar solamente a los estadounidenses más conservadores sino también a los otros que, como el propio Beecher, eran partidarios de la abolición de la esclavitud y defensores de los derechos femeninos. El director de la *Democratic Review*, el abolicionista John O’Sullivan, aseguraba en ese mismo momento que “el nacimiento de nuestra nación marcó el inicio de una nueva historia, la formación y el crecimiento de un sistema político sin trabas que nos separa del pasado y nos liga al porvenir”. “Somos”, escribía en 1839, “el progreso humano”, de modo que “¿quién podría fijar los límites de nuestro avance?”. “Ningún poder terrestre es capaz de detenernos porque la Providencia está con nosotros”, y quien se opone a la Providencia se opone a Dios. ¿Y qué piedad puede tenerse con los enemigos del Señor? “Estados Unidos fue elegido para esta misión sagrada hacia las naciones del mundo, naciones privadas de la luz vivificante de la verdad, y su noble ejemplo le dará un golpe mortal a la tiranía de los reyes, de las jerarquías y las oligarquías”, porque “¿quién podría dudar que nuestro país está destinado a convertirse en la gran nación del porvenir?”¹³. No es difícil reconocer en estas líneas una paráfrasis de las palabras de John Winthrop a los pasajeros del *Arabella*: los Estados Unidos seguían siendo la ciudad en la colina que guiaría al resto de las naciones. Y por eso algunos años más tarde, cuando el congreso de Estados Unidos aceptó anexar Texas y “castigar” al pueblo mexicano por oponerse a esa amputación de su territorio, O’Sullivan escribió un célebre artículo en el que identificó la Providencia con el “destino manifiesto” de su país: “tenemos derecho, debido a nuestro destino manifiesto, a expandirnos y a asegurarnos la posesión de todo el continente que la Providencia nos ha legado para el progreso de la gran experiencia de la libertad y del desarrollo del gobierno federativo que nos confió”. “Es un derecho semejante al que tiene el árbol al aire y a la tierra necesarias para la plena expansión de su principio y de su destino”, concluía el periodista, “que consiste en crecer”. De modo que este derecho se encontraba, y se encuentra todavía, por encima de cualquier otra consideración del derecho internacional, como la soberanía de los demás Estados sobre sus territorios nacionales. El derecho de México sobre la mitad de



© UNDERWOOD & UNDERWOOD

THIS PUEBLO INDIAN is examining a cane which is said to have been presented to a former chief by President Lincoln. His dress is a strange conglomeration. He is wearing a white man's coat under the blanket which is not one of the tribal designs, nor are the Pueblos supposed to wear such a feather headdress which properly belongs to the tribes of the Plains.

DRONE SURVIVAL GUIDE



sometimes used is based upon the slope of the land, that is, upon drainage areas. Whatever general divisions are adopted each of them must be further divided. The Atlantic Lowlands, for example, fall naturally into the Coastal Plain, and the Piedmont Plain. The former extends from New England to Florida. This is a smooth land, in comparatively recent time under the sea, and is the America of the early colonists. The Piedmont Plain is usually understood to be that belt west of this region rising gradually to the low

immense interior of the United States (commonly called the Mississippi Valley) falls into many divisions, as the Appalachian Plateau; the Central Plains; the Laurentian Upland, or Superior Highland around the Great Lakes; the Ozark-Ouachita Uplands; the Gulf Coastal Plain; and the Great Plains. In addition there are minor districts which belong to none of these. The Appalachian Plateau stretches from the Catskills to Central Alabama, and slopes gently westward until it is

su territorio soberano o el derecho de los pueblos indígenas a vivir en las tierras de sus ancestros carecían de cualquier valor frente al derecho que la divinidad les había conferido a los estadounidenses de expandirse hacia el Oeste. Los *pioneers* asumirían así la identidad de los nuevos *pilgrim fathers* en busca de la Tierra Prometida.

Por supuesto que el oro de California resultó ser un atractivo más fuerte que la “leche y la miel” de Canaán. Por supuesto que la fiebre de este oro aceleró las matanzas y las deportaciones de los pueblos originarios o alentó a un filibustero de Nashville, William Walker, a perpetrar un golpe de Estado en Nicaragua para adueñarse de la ruta

que llevaba a aquellos afiebrados mineros desde Nueva York a San Francisco. Por supuesto que esos hombres, como muchos otros antes o después, estaban dispuestos a asesinar a un indio, un mexicano o un centroamericano para adueñarse de una mina, una parcela de tierra fértil o una ruta comercial. Pero lo interesante es entender a qué relatos adherieron para que esos pillajes y homicidios que ellos mismos no hubiesen cometido en otra circunstancia se vieran no solamente exonerados, sino también erigidos en hazañas de una gran gesta mesiánica y nacional. Un filósofo como Hobbes hubiese dicho que, a falta de un Estado, estos individuos habían regresado al estado de naturaleza, a una vida donde los impulsos animales o salvajes se imponían sobre la ley. Pero las violencias no se perpetraban en contra de la civilización sino en su nombre. A finales del siglo XIX, en efecto, Frederick Turner diría que durante la conquista del Oeste los “*children of lights*” habían vencido a los “*children of darkness*”, y que durante esta guerra en la frontera se había forjado el espíritu del *self-made man* norteamericano: el pionero que debía arreglárselas por sí mismo, sin ayuda del Estado, para hacerse una fortuna. Pero no hubo que esperar hasta que esos relatos bendijeran retrospectivamente aquellos actos de violencia para que los réprobos se vieran aprobados o los culpables redimidos: a la manera de los peregrinos puritanos, los pioneros se veían a sí mismos como

EL ESTATUTO INDETERMINADO DE ESTOS PRISIONEROS
CORRESPONDE AL ESTATUTO DE LOS BLANCOS DE LOS DRONES
MILITARES: SON CRIMINALES SIN SER DELINCUENTES Y SON
ENEMIGOS SIN SER COMBATIENTES..

el ejército del bien que combatía a los paganos para cumplir con la promesa de prosperidad que les hiciera el Señor. Hasta Hegel, para quien la epopeya contaba la historia del combate entre la civilización y la barbarie, pensaba que estas narraciones habían desaparecido del continente europeo porque la razón había vencido a la sinrazón, de modo que las “epopeyas futuras” tendrían que representar “la victoria del racionalismo positivo de los americanos sobre las tribus diseminadas del Nuevo Mundo”. Sin saberlo, el filósofo alemán estaba profetizando el surgimiento de un nuevo género épico, el western, que dominaría durante décadas la cinematografía de Hollywood¹⁴. El relato providencial no fue entonces una elaboración de los historiadores tendiente a convertir retrospectivamente la codicia de sus ancestros en virtud, o sus asesinatos en proezas épicas, falseando la realidad de los hechos: los propios predicadores que acompañaban las caravanas de los pioneros presentaban esos actos en términos mesiánicos, y los pioneros no habrían podido perpetrarlos si no hubiesen estado convencidos de que obraban en nombre de Dios.

Ninguna epidemia afectó el cerebro de los esmerados puritanos hasta convertirlos en asesinos sanguinarios. O sí, pero esta epidemia no provino de un virus o una bacteria sino de una narración: bastó con convencerlos de que estaban combatiendo las huestes del mal y desembarazando a la humanidad de un enemigo despreciable. Pensar que los actos tienen, por sí mismos, una significación y un sentido supone olvidar que los desacuerdos políticos giran, precisamente, en torno a la interpretación de esos actos, y que aquello que para un pueblo fue una masacre perpetrada por las fuerzas del mal resulta, para otro, un triunfo venturoso sobre esas fuerzas del mal. La política de los peregrinos y los pioneros no triunfó solamente cuando logró derrotar militarmente a los pueblos originarios, sino también, y sobre todo, cuando logró imponer políticamente el relato que justificó esas matanzas y que, durante más de un siglo, permitió, por ejemplo, que el western, con los ataques de los indios a las caravanas de pioneros y los malvados bandoleros vencidos por los justicieros, se convirtiera en la gran narración épica del pueblo norteamericano.

Una historiadora francesa, Nicole Guétin, recordaba hace unos años hasta qué punto la tradición del racismo estadounidense se inspiraba en el providencialismo de los *pilgrim fathers*. El reverendo Josiah Strong, uno de los portavoces del darwinismo social norteamericano, aseguraba en 1885 que la raza anglo-sajo-

na se extendería “más allá de las fronteras del mundo, abriendo una nueva era en la historia de la humanidad y convirtiéndose así en un testimonio de la selección natural a través de la competencia entre las razas”, porque esta raza, sostenía, “evoluciona más rápidamente que las otras razas europeas” y “ocupa ya un tercio de la tierra”. Strong pensaba que esta raza se extendería todavía más y que “hacia 1980” alcanzaría “la cifra de 713 millones” de individuos: en ese momento, decía, la “América del Norte”, “más grande que la pequeña isla inglesa”, se volvería “la sede del reino anglo-sajón”. Y por eso este reverendo veía en la guerra de los blancos protestantes contra los indios paganos una realización de ese “plan” de Dios que había previsto la inexorable expansión anglo-sajona hacia el Oeste. Strong se inspiraba en otro de los voceros del darwinismo social, el británico Herbert Spencer, para quien la historia humana obedecía a los mismos principios de “lucha por la vida” que regían las especies animales, y para quien los norteamericanos habían sido un producto de la mezcla de diversas razas arias que había dado a la luz a una especie de “hombre superior” que sería el fundador de “la más grande civilización que el mundo haya conocido”¹⁵. Cuando concluyó la Guerra de Cuba y el congreso norteamericano decidió anexar las Filipinas, infringiendo por primera vez el principio fundamental de la propia doctrina Monroe, el senador Albert Beveridge diría en una alocución ante el senado que “Dios nos convirtió en los amos organizadores del mundo para establecer el orden allí donde reina el caos” y “nos convirtió en expertos políticos para que podamos constituir gobiernos entre los pueblos salvajes o decadentes”.

El castigo celestial

La declaración de Beveridge resume una convicción central y arraigada en el pueblo norteamericano: “que su nación”, escribe Conrad Cherry, “defiende a otros países para salvaguardar las instituciones libres y los gobiernos democráticos”¹⁶. Carl Schmitt ya había llamado la atención acerca de la profunda mutación que esta democracia había introducido en el derecho de guerra.

Una guerra suele considerarse justa cuando hay una *justa causa bellum*, y esta causa es, por lo general, una agresión extranjera, como ocurrió cuando los japoneses bombardearon Pearl Harbor. Pero aun en el caso de la agresión más feroz, el enemigo sigue siendo tratado como un *justus hostis*, lo que significa que la categoría de enemigo no se confunde con la carátula de delincuente. Un individuo que agrede a otro está cometiendo un delito porque está transgrediendo la ley de un Estado. Un Estado soberano que agrede a otro no está contraviniendo una ley del segundo. La agresión militar no es un delito. Esto explica por qué los actos de guerra más violentos no son castigados judicialmente una vez la guerra concluida, y por qué los prisioneros de guerra no son presos que están cumpliendo una pena por sus actos o por qué las convenciones internacionales exigen que sean liberados con la conclusión del conflicto. Tal como la entiende Estados Unidos, no obstante, la “guerra punitiva” supone dos cosas: que el agresor es un criminal y, como consecuencia, que ellos pueden castigarlo, y que este enemigo no agrede necesariamente a Estados Unidos sino a la humanidad en su conjunto, esa humanidad que Estados Unidos representa y defiende. A esta diferencia seguía haciendo alusión Donald Trump cuando aseguró en un discurso pronunciado el 21 de mayo de 2017 en Ryad que la guerra contra el terrorismo no era “una batalla entre religiones” sino “entre el bien y el mal”: “entre criminales bárbaros que tratan de terminar con la vida humana, y gente decente, siempre en nombre de la religión; gente que quiere proteger la vida y quiere proteger su religión”¹⁷.

Esto explica el estatuto ambiguo de los combatientes capturados por los Estados Unidos. Los detenidos de Guantánamo o de las prisiones clandestinas no son ni presos comunes sometidos a un proceso judicial, ni prisioneros de guerra que deberían ser tratados como tales y recobrar la libertad una vez finalizado el conflicto. Estos presos no son ni civiles ni militares, ni delincuentes ni combatientes: se los caratula de “terroristas” porque cometieron, o pueden cometer, crímenes pavorosos, pero estos crímenes no los cometen, por lo general, en el interior de la jurisdicción federal estadounidense, de modo que no pueden ser juzgados por sus tribunales. El terrorista se convirtió así en un criminal extraterritorial semejante al pirata: este, precisamente, no cometía un delito porque sus actos tenían lugar en mar abierto y, como consecuencia, fuera de la jurisdicción de los Estados; el terrorista viola la ley de una nación —musulmana, en general—, pero como Estados Unidos trata a esas naciones como si fuera mar abierto, solo puede “castigar” a los terroristas invocando esa ley superior a los Estados: una ley divina, la misma que O’Sullivan invocaba para proclamar el *Manifest Destiny* de su país. Y es como agente de esta ley superior a las estatales que los asesinatos selectivos se invocan.

El estatuto indeterminado de estos prisioneros corresponde al estatuto indeterminado de los blancos de los drones militares: son criminales sin ser delincuentes (porque en ese caso deberían poder rendirse para ingresar en prisión) y son enemigos sin ser combatientes (porque el derecho de guerra estipula que solo puede matarse a un enemigo en situación de combate y no ir a buscarlo, por ejemplo, a la casa, durante un permiso, y asesinarlo de un tiro). Barak Obama incrementó, efectivamente, los asesinatos selectivos (*targeted killings*) para evitar los problemas acarreados por

las cárceles secretas. El asesinato selectivo no es ni una acción policial en sentido estricto (dado que no hay una advertencia que le permita al terrorista rendirse) ni una estricta acción de guerra (dado que, en el momento del asesinato, el sujeto no se encuentra en una situación de combate, entre otras cosas porque no hay, frente a él, un combatiente enemigo).

Esta ambigüedad corresponde a la ambigüedad de ese espacio que se encuentra fuera del territorio nacional y, como consecuencia, fuera de la jurisdicción de las leyes norteamericanas. En ese espacio, no obstante, Estados Unidos se arroga un derecho de injerencia ilimitada: esos territorios se encuentran en su dominio de control policial, pero esa policía no depende del ministerio del interior sino de la defensa; se trata de un territorio extranjero, pero esas intervenciones no implican una declaración de guerra a otro Estado (lo que hace que los presidentes no precisen la aprobación de las cámaras para ordenar una operación sobre un territorio extranjero). Nos encontramos así con un nuevo tipo de imperialismo¹⁸. Desde el siglo XVI, los imperios proclamaron leyes particulares para sus territorios coloniales y establecieron allí tribunales y fuerzas policiales. En el caso de Estados Unidos, esos territorios caen en el interior de su área de influencia pero no entran dentro de su jurisdicción, lo que significa que están sometidos a las acciones de vigilancia y represión características de la policía sin actuar en nombre de la ley federal. Y el dron se adapta perfectamente a esta posición dado que permite una vigilancia y una represión de tipo policial sin *occupatio bellica*, es decir, sin que Estados Unidos se vea obli-

gado a establecer un gobierno de ocupación, lo que significaría establecer un conjunto de leyes e instituciones en el país ocupado, una gestión de la población civil o de los prisioneros militares, y sobre todo un derecho de los presuntos delincuentes a tener un defensor.

Podemos considerar que la llamada “lucha contra el terrorismo” es la “primera guerra global” porque la incursión de los drones en un territorio soberano no se considera una invasión y no exige una declaración de guerra por parte del país agresor, debido a que las fuerzas agresoras ejercen las tareas de vigilancia y represión sobre todo un territorio sin necesidad de ocuparlo, y a que los enemigos no son considerados *justi hostes* ni son calificados de delincuentes, es decir, de transgresores de una legislación nacional susceptibles de verse presentados ante un tribunal. Del mismo modo que el *bounty hunter* del Lejano Oeste se internaba en territorio indio para traer *dead or alive* a un criminal prófugo de algún estado, el telepiloto ingresa con su dron en los territorios musulmanes para cazar terroristas: ese territorio es ahora “sin ley”, como el desierto o el océano, porque gracias al control remoto del aparato, el cazador puede adentrarse en esas tierras sin correr el riesgo de verse sometido a su legislación soberana. La primera guerra global lleva en este aspecto a su máxima expresión la función de gendarme planetario que Albert Beveridge le confería a Estados Unidos después de la Guerra de Cuba: “Dios nos convirtió en los amos organizadores del mundo para establecer el orden allí donde reina el caos”¹⁹. Y para llevar a bien esta “gesta civilizatoria”, cuentan con la colaboración de varios gobiernos satélites que en el interior de sus fronteras siguen combatiendo a los indígenas como si fueran terroristas y haciéndole el campo orégano al ejército del capital.

OBRAS DE JORGE SÁNCHEZ

1 Guétin, Nicole. «USA : généalogie du religieux dans le discours politique» en: *Les Temps Modernes*. 2004/1, n° 626, pp. 99-117.

2 Maynard, Théodore. *Histoire du catholicisme américain*. Paris, Le Portulan, 1948, p. 66.

3 Blondel, Jacques. «L'équivoque puritaine» en: *Bulletin de la société d'études anglo-américaines des XVIIe et XVIIIe siècles*. N°8, 1979, pp. 5-15.

4 Citado por Nicole Guétin en: *Etats-Unis: l'imposture messianique*. Paris, L'Harmattan, 2004, p. 25.

5 Cherry, Conrad. *God's New Israel*. Duke, The University of North Carolina Press, 1998.

6 Reilly, Kevin - Kaufman, Stephen - Bodino, Angela (ed.). *Racism. A Global Reader*. New York, Sharpe Inc., 2003, p. 123.

7 *Thanksgiving proclamation*, [http://archive.wikiwix.com/cache/?url=http%3A%2F%2Ficweb2.loc](http://archive.wikiwix.com/cache/?url=http%3A%2F%2Ficweb2.loc.gov%2Fammem%2FGW%2Fgw004.html)

[gov%2Fammem%2FGW%2Fgw004.html](http://archive.wikiwix.com/cache/?url=http%3A%2F%2Ficweb2.loc.gov%2Fammem%2FGW%2Fgw004.html)

8 Citado por Guétin, *op. cit.*, p. 34.

9 Citado por Guétin, *op. cit.*, p. 45.

10 Scavino, Dardo. “Sarmiento y la *translatio imperii*” en: *Estudios de Teoría Literaria*. Año 5, n° 10, septiembre 2016, pp. 167-177.

11 Citado por Liliana Crété, «Révolution américaine et éthique protestante» en *Autres Temps. Les cahiers du christianisme social*. N°22, 1989, p. 23.

12 Fath, Sébastien. «L'Antéchrist chez les évangéliques et fondamentalistes américains de 1970 à nos jours» en *Revue française d'études américaines*. 2014/2, N° 139, p. 77-97.

13 Citado por Guétin, *op. cit.*, p. 78.

14 Hegel, Georg W. F. *Estética II*. Buenos Aires, Losada, 1963, p. 249.

15 Guétin, *op. cit.*, p. 91.

16 Cherry, *op. cit.*, p. 17.

17 *Washington Post*, May 21 2017. [https://www.washingtonpost.com/politics/us-and-gulf-nations-agree-to-crack-down-on-](https://www.washingtonpost.com/politics/us-and-gulf-nations-agree-to-crack-down-on-terror-financing/2017/05/21/)

[terror-financing/2017/05/21/](https://www.washingtonpost.com/politics/us-and-gulf-nations-agree-to-crack-down-on-terror-financing/2017/05/21/) Acerca de la importancia de la religión en la política norteamericana, véase: Jacques Gutwirth, “Religion et politique aux États-Unis” en : *Archives de sciences sociales des religions*. N°104, 1998. pp. 19-32.

18 Luzzani, Telma. *Territorios vigilados. Cómo opera la red de bases militares norteamericanas en Sudamérica*. Buenos Aires, Sudamericana, 2012.

19 Beveridge, Albert. “In Support of an American Empire” en: <https://www.mtholyoke.edu/acad/intrel/ajb72.htm>